

Dios castiga, ordinariamente, con el tormento de los celos, á las mujeres, que, contra la voluntad de sus maridos, visten de un modo indecoroso por lo deshonesto.

Véase: IMPUREZA, SENSUALIDAD, HIJO PRÓDIGO.

DESIGUALDAD.

Spiritus dividens singulis prout vult.

El Espíritu reparte los dones á cada uno segun quiere.

(I Corint. xii, 11.)

Cuando se examina el gobierno de Dios en el mundo, se ofrecen á nuestra vista dos clases de fenómenos: el primero es la desigualdad que hay en los dones divinos, el segundo, es el progreso ó adelanto. Desigualdad y adelanto, hé ahí los dos órdenes de fenómenos, que, en todas partes y á cada instante, se descubren en el gobierno de Dios. Por lo tanto, vamos á investigar y á explicar esos dos órdenes de fenómenos: Si es cierto, que haya desigualdad en la distribucion de los dones divinos, y el por qué de esa desigualdad; si es verdad, que haya progreso, y el por qué de ese adelanto.

Haciéndolo así, señores, tocaremos al más profundo de los misterios de nuestros destinos, y cada uno de nosotros, interrogándose y viendo el punto á que ha llegado en esos fenómenos, descubrirá fácilmente lo que ha conquistado en el orden de su destino, y lo que le queda aún por hacer.

Pidamos á Dios, por la intercesion de la Virgen, que me sostenga é ilumine, y que sostenga é ilumine también á vuestros espíritus. A ese fin, saludemos á nuestra celestial Madre con las palabras del Angel. A. M.

1. Todos los hombres nacen creados á imágen de Dios, *ad imaginem Dei creavit eos* GEN. I, 27; todos los hombres nacen redimidos por la sangre de Dios; *pro omnibus mortuus est Christus* II Cor. v, 15; todos los hombres nacen llamados á la eternidad de Dios, *speramus in Deum vivum qui est Salvator omnium hominum.* I TIM. IV, 10.

Estas tres cosas constituyen en todos, sin excepcion ninguna, nuestro capital divino. Nacemos con este capital divino en el orden sobrenatural, así como, en el orden natural, nacemos con un capital, por pequeño que sea. Porque el hombre por sí solo no es nada, no puede vivir: es preciso que nazca con algo correspondiente á su vida; y este algo, le llamamos, en lenguaje moderno, un capital. La palabra es bella, es fea, es buena y es mala, poco importa; nosotros nos servimos del vocablo, á medida que los casos lo suscitan entre nosotros, y gustamos de traducir las cosas antiguas en nuevo lenguaje, á fin de seguir en algun modo los progresos de la verdad en sus desarrollos por la palabra misma, que aplicándose desde luego á las cosas mas elevadas, se aplica despues á las cosas inferiores.

Hé ahí nuestro capital divino. Empero no nos será difícil, hermanos míos, ver, que, en el orden sobrenatural como en el orden natural, no tenemos la misma parte de capital. Es evidente que hay en el orden sobrenatural, pobres, como los hay, dentro del orden humano; es evidente que hay ricos en el orden sobrenatural como los hay en el orden natural. Los unos nacen como llenos y penetrados del espíritu de Dios; creen, por decirlo así, respirando; se elevan hácia Dios como las nubes de la tierra y suben á ellas para ver más. Otros, por el contrario, encorvados pesadamente hácia la tierra que sostiene su cuerpo, levantan apenas acá y allá los ojos al cielo, y, cuando esto hacen, no descubren nada. El sol, las nubes y todos los astros están velados á su vista, y la luz misma, en cierto modo, les ciega. Esto es cierto; pero, ¿por qué sucede así? Dejo, como vosotros lo veis, á un lado, el orden natural; pues no siendo el objeto de esta enseñanza, nos conduciría á consideraciones de un orden inmenso que nos separarian de nuestro fin.

Prosigamos. ¿Por qué esa desigualdad hasta en el orden divino? Es, señores, que todo lo que Dios hace está hecho con orden, con idea de orden, con voluntad de orden, con realidad de orden. ¡Pues bien! el orden encierra estos cuatro elementos: primero, la multiplicidad, porque el orden es un conjunto de relaciones dispuestas armiosamente, y no hay relaciones sin multiplicidad. El segundo ele-

mento del orden, es la semejanza; porque solo los seres semejantes pueden entrar en relaciones unos con otros. Pero si han de ser semejantes, no deben ser uniformes, porque la uniformidad causa fastidio. El tercer elemento es la jerarquía; porque sin grados ascensionales, el orden, ó la multiplicidad en la similitud, y la similitud en la multiplicidad, no producirían sino la uniformidad, es decir el tedio, la frialdad, la monotonía. El cuarto elemento del orden es la unidad; nosotros no concebimos seres ordenados que no se refieran á uno.

Así, multiplicidad, similitud, desigualdad, jerarquía y unidad, hé ahí, las condiciones del orden; y, por consiguiente, de lo bello. Pues bien, todo lo que Dios hace, es orden y belleza. Pero tened presente, que por la unidad, lo que es dado á uno, es dado á todos. Porque los dones de Dios, no son para uno solo, son para todos.

Cualquiera que posea el bien, lo debe á todos; y cualquiera que no lo posea, debe aceptarlo para él y para todos. Los que lo tienen, deben detestar el egoísmo; los que no lo tienen, deben aborrecer la envidia. Seamos, pues, señores, generosos para dar lo que tengamos: seamos humildes para aceptar de otros lo que no tenemos y necesitamos.

Pero hay mucha diferencia, entre los dones naturales y los dones sobrenaturales: se puede abusar de aquéllos; pero no de éstos, porque si lo intentásemos, al instante, los perderíamos. La caridad es un don sobrenatural; desde el momento que no nos servimos de ella, en pró de nuestros hermanos, dejamos de poseerla. Al contrario, las riquezas son un don natural; aunque no hagamos participantes de ellas á nuestros semejantes, continuamos poseyéndolas.

Dios distribuye con desigualdad los unos y los otros dones, á fin de que haya orden, jerarquía, belleza. Pero, se dirá, ¿por qué mi vecino ha de recibir más, y yo menos?

Si el pacto primitivo con Adán subsistiera, la dificultad no existiría. En ese pacto, Adán era el principio de la vida natural y de la vida sobrenatural de toda su posteridad. Como hombre, transmitiría la vida natural; como depositario de una gracia transmisible á su descendencia, transmitiría esta gracia; y, de generacion en generacion, en virtud del mérito ó demérito de cada uno, los unos recibirían más y los otros menos. Dios, por el capital primitivo, el capital anterior á todo mérito ó demérito, sería pasivo; pero si el hombre hubiese venido al mundo con la vida natural y la vida sobrenatural, entónces daría más ó menos, segun la correspondencia de cada uno.

Este orden fué destruido. Adán, por el pecado original, cesó de

ser el principio de la vida sobrenatural. Conservó solo el principio de la vida natural y de todas las desigualdades que existen entre nosotros, bajo ese concepto. Porque es doctrina expresa de Santo Tomás, que, nuestras almas humanas, aunque criadas por Dios, reciben cualidades proporcionadas al cuerpo que las llama; y así, las desigualdades naturales, que existen entre nosotros al nacer, no vienen de Dios, sino de las simples leyes naturales de la generacion y del nacimiento.

Pero, habiéndose reservado Dios la vida sobrenatural, despues de nuestra caída, y viniendo de Jesucristo todo don sobrenatural, tenemos, que él es el principio de nuestras desigualdades sobrenaturales. Se pregunta, pues, ¿por qué dá más á uno, y ménos á otro?

Tambien nosotros, hermanos míos, distribuimos lo que es nuestro, como queremos. Yo salgo, encuentro pobres, uno, dos, tres; les miro, me conmuevo y siento por ellos una compasion general; pero, yo doy más al uno, que al otro. ¿Por qué? porque uno de ellos me ha parecido más pobre, ó bien porque se dibujaba en su fisonomía cierta expresion que me ha conmovido. Sin embargo, nunca doy desigualmente sin saber por qué, y si no sé por qué, estoy falto de razon. Pues bien, Dios, señores, ¿obra del mismo modo? ¿Encuentra algo en nosotros, que le impulse á dar más á uno, que á otro? No. ¿Qué tenemos nosotros? Nosotros tenemos, ántes de la distribucion del don divino, algun don natural; pero ese don ¿qué relacion tiene con el don sobrenatural? Supongo, que una criatura venga al mundo, mejor dotada que otra, más hermosa, más amable, más inteligente: ¿qué importa esto para recibir de la sangre de Jesucristo mayor parte? ¿Murió, acaso, Jesucristo en el Calvario por la nobleza de la sangre? La sangre de Jesucristo fué vertida por amor de todos: del bello, del feo, del rico, del pobre, del pequeño, del noble; todos, cuando Cristo murió, los tenia presentes; abría sus manos para todos, tenia todo el género humano estrechado contra su pecho sangriento, y decia á todos: «¡Bebed gratuitamente!» *Dabo de fonte aquæ vitæ, gratis.* Apoc. xxi, 6,

Luego, los dones naturales no son nada. Lisonjeaos de tener tanto talento como queráis; no por vosotros derramó Jesucristo una sola gota más de su sangre: al contrario, si os enorgulleceis de vuestro rango, de vuestro talento, estais perdidos. ¿Sabéis lo que es el orgullo delante de Dios? una causa de maldicion: *Deus superbis resistit.* Jac. iv, 6. ¡Dios resiste á los soberbios! ¡Odia á los soberbios! Vosotros pedís una parte mayor de la crucifixion porque sois duques.... Algo es en la tierra ser duque, pero yo me alegro muchas veces de

no serlo! ¿Qué le importaba á Dios, cuando sufría por vosotros, que fuerais duques? Lo que le importaba, es, que vosotros erais pecadores, frágiles, que estabais perdidos; lo que le importaba, es, que vosotros no erais nada, y él lo es todo, y os amaba.

Y bien! entónces, ¿cuál es la causa de la preferencia? ¿cuál es la causa de la eleccion? ¡Ah! yo me avergonzaria de preguntarlo, tratándose de bienes de la tierra: los romanos decian: *de minimis Pretor non curat!* «El Pretor no se ocupa de las cosas pequeñas!» Que os senteis en un trono ó en un escabel, la Providencia lo ve; esto es nada en su presencia.

Pero, en fin, hermanos míos, es preciso saber el por qué de la eleccion; es preciso saber lo que plugo á Dios en nosotros. Pues bien, reconozcámoslo; no hay en nosotros, anteriormente al derecho divino, ninguna causa de eleccion, ninguna causa de preferencia, ninguna causa de amor. Y ¡ahí está nuestro error!

Para nosotros, cuando empezamos á amar y á odiar, hay siempre en el objeto que consideramos, algo que nos persuade, que atrae nuestra simpatía ó nuestra antipatía. En cuanto á Dios, en el orden sobrenatural, ántes que nosotros háyamos obrado y cooperado con nuestro movimiento, no hay más que Cristo. Luego, si es él quien ha elegido, es preciso que nosotros sepamos la razon. Al morir, le vimos rogar por todos, por sus verdugos mismos; le vimos acoger á todas las almas, á todos los que estaban allí, en lo pasado y en lo porvenir. Si él ha hecho, pues, una eleccion, la cuestion no cambia. ¿Por qué, muriendo, prefirió los unos á los otros? repitámoslo: anteriormente á su sangre, no hay nada; por consiguiente, su libertad era absoluta.

Son necesarias la variedad y la uniformidad para que haya extension, orden, profundidad, armonía, belleza. Vosotros edificais una basilica: es menester que haya piedras en el coronamiento y piedras en los fundamentos. Existe una razon metafísica general. ¿Por qué hay fundamentos y coronamiento? Porque la arquitectura tiene leyes, lo bello tiene leyes. Pero, ¿por qué, de dos piedras extraídas de la cantera, perfectamente iguales en extension, en peso y en solidez, poneis la una en los fundamentos, y la otra en el coronamiento? ¿Por qué la una está oculta, y la otra á la vista? Yo os desafio á que halleis la razon, sino que eso es, porque es preciso que haya una debajo, y otra encima, y para eso podeis tomar la que os agrada más.

Así, señores, la falta de motivos en la eleccion, dá la plenitud de la eleccion; hay en ésto algo de absoluto, cuya razon exacta no podemos resolver, porque habrá siempre en la piedra de que quisiera-

mos hacer uso, cierta cualidad, que os determinará á colocarla en un sitio con preferencia á otro.

Hé ahí lo que, con relacion á Dios, en el orden sobrenatural, no tiene lugar. Sin embargo, no aceptemos esto en todo su rigor; guardémonos bien de ello. Nosotros no teníamos ningun mérito anteriormente á nuestra cooperacion libre en el orden sobrenatural. Cuando os dije, que, hasta naturalmente, no habia motivo alguno de eleccion en Dios, no fui absolutamente exacto.

No hay derechos; ninguna de las criaturas tiene más derecho que otra á la sangre de Jesucristo. Pero vemos claramente, por la Escritura, que existe algo que atrae el corazón de Dios, hácia cierta clase de seres, hasta en los que todavía no han obrado. Y Jesucristo nos lo ha revelado en estas notables palabras, cuando dijo: *Confiteor tibi, Domine cæli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis.* Yo te glorifico, Padre mio, Señor del cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sábios y prudentes, y las has revelado á los pequeñuelos!» *Ita pater: quoniam sic fuit placitum ante te.* Sí, Padre mio, alabado seas, por haber sido de tu agrado que fuese así! MATTH. XI, 25.

Luego, ser pequeño, tener disposiciones sencillas, rectas y humildes, hasta naturalmente, es un motivo de propension para Dios, aunque no un motivo de estricta justicia. *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam,* «Dá su gracia á los humildes, miéntras que resiste á los soberbios.»

Así, lo más pequeño, lo más humilde, hasta en el orden de la naturaleza, es lo que atrae en el corazón de Dios. Vosotros veis y vereis de ello efectos maravillosos.

Hé ahí porque hay una razon, hasta bajo el punto de vista natural; y cuando el hombre no ha cooperado aún, y algunos reciben más abundantes gracias en el orden sobrenatural, es porque son pequeños y humildes por una disposicion de su corazón, y su corazón no es orgulloso contra la verdad. Y á medida que el hombre crece, que pueda mezclar sus acciones en el orden natural y en el orden sobrenatural á la accion de Dios, este horror de Dios por aquel que se tiene por sabio, y este amor de Dios por aquel que es pequeño á sus propios ojos, se aumentará; vosotros vereis á los pequeños llegar al reino de Dios, y á los grandes apartarse de él, y comprendereis una de las principales razones de la distribucion de las gracias divinas en el mundo.

Añadid, además, que las generaciones que nos han precedido, no nos transmiten solamente méritos naturales, sino tambien méritos

del orden divino. Nuestros padres trabajaron para nosotros en el orden humano, pero tambien en el orden divino. Sembraron en la tierra, pero sembraron tambien en la religion, en la fe y la virtud. Pues bien, nosotros vemos claramente, por la Escritura, que los pactos de justicia de Dios con el hombre, son extensivos á toda su posteridad. Por consiguiente, cuando nosotros venimos al mundo, venimos no solo con cualidades naturales, sino con bendiciones acumuladas sobre nuestros antepasados.

Hé ahí porque los Patriarcas, conociendo esta ley profunda de la distribucion de los dones naturales, tenían en gran estima la bendicion de sus padres; la pedian de rodillas, porque con ella se transmitian méritos á toda la familia, y dependia del padre, en cierto grado, al parecer, derramarlos de una manera desigual sobre los unos, ó sobre los otros, en virtud de su propia eleccion.

Y así, señores, vuestros padres trabajaron para vosotros en los dos órdenes. Trabajaron para vosotros, para formaros un capital humano y natural; este capital lo constituyen los campos, el honor, la aptitud para el trabajo, la generosidad en la conducta y en los sentimientos. Pero tambien, os amaron en Dios y por Dios; ellos rogarán á Dios, y, durante largos años de su carrera, estuvieron arrodillados á los piés de los altares por vosotros. Vosotros sois herederos en el orden sobrenatural, como lo sois en el orden natural. Seria en vano, que quisierais evitar esta distribucion del patrimonio: recibís de vuestros padres el bien y el mal, que ellos os han legado, y vosotros transmitís tambien á vuestros hijos el bien y el mal, que vosotros habeis adquirido en los dos órdenes de la naturaleza y de la gracia, de la tierra y del orden divino.

Hay, pues, desigualdad en los dones divinos. Vosotros conoceis las causas generales, y habeis visto alguna razon de la distribucion particular de esa desigualdad en los unos y en los otros.

2. Despues de la ley de la desigualdad, viene la ley del progreso en el uso y la distribucion de los dones divinos.

La experiencia lo demuestra. Nuestra vida empieza por un trabajo sordo, misterioso, desconocido, invisible y subterráneo, semejante al de la simiente en el seno de la tierra. Nada aparece aún, todo está confuso; somos libres, sin gozar de libertad; este es un estado de preparacion, durante el cual Dios, en cierto modo, nos encubre y prepara el desenvolvimiento de nuestra libertad, de nuestra espontaneidad. Avanzamos en edad; nos hallamos libres, golpeamos la tierra con el pié, como un caballo que, al fin, ha conocido sus fuerzas y que, en frase de la sagrada Escritura, se dice: «Vamos, tiempo es

ya de marchar.» Entónces, nos encontramos en un estado, que yo llamaria estado de gracia, de posibilidad; estado en el cual el pecado ejerce un fuerte imperio sobre nosotros, bien que podamos siempre resistirlo. Todo jóven lo experimenta, y sabe que á esa edad hay una pasion sangrienta y terrible, que es la emanacion del pecado; pasion, que toca á lo que hay de más dulce, esto es, á las afecciones; y á lo que hay de más vil, al fango, á la materia. Y el jóven, atraido á la vez, por lo bueno y generoso, y arrastrado, á pesar suyo, por lo ruin é infame, apenas siente libertad divina. Se le ha dicho, y se dice á sí mismo: Tú eres hombre, eres libre, tu alma es reina. Pero al mismo tiempo que se le dice esto, el amor, los sentidos le extravian; y arrebatado por una fascinacion difícil de moderar, comprende, que no es sino un pecador. Si el cielo derrama luminosas claridades sobre su inteligencia, échase al suelo, á imitacion de Agustin, que acostado en su lecho, resistia á las divinas inspiraciones, como nos lo dice él mismo, hasta oír aquellas palabras: *Tolle et lege*, Toma y lee.

Todos hemos sido jóvenes; todos hemos conocido ese estado. Incurriria empero en un error peligroso, el que creyera, que en la juventud no se debe luchar; puesto que, con el tiempo, la lucha será más fácil. Ilusion: la edad y el tiempo de servicio, comunican valor al soldado que ha combatido, pero si en el primer fuego no sabe resistir, para él no llegará nunca la hora del combate. Cobarde en el primer dia, lo será siempre. Y nada es más vil, y ménos fuerte que la vejez que no ha luchado en su juventud. Su depravada costumbre ha carecomido sus huesos, y su infamia le domina cada vez más. Con un pié en la tumba, insulta aún á sus cabellos blancos, y con frecuencia, al pasar por el lado de un jóven, corrompido quizá, pero que lucha, vése obligado á confesar, que ese jóven es más prudente y más feliz que él, que no supo combatir desde los primeros tiempos de su vida.

Combatid, pues; si caeis, decios: Yo soy débil; sin embargo, espero que triunfaré. Combatid, y no lo dudeis, llegará el momento en que la fuerza que habeis desarrollado, ayudada por la que Dios os comunicará, será más que suficiente para sosteneros. No os faltará el auxilio de lo alto; Dios atenderá á vuestros esfuerzos; escuchará vuestras súplicas, y cumplirá su promesa de haceros marchar de virtud en virtud, *ibunt de virtute in virtutem* PSALM. LXXXIII, 8, de claridad en claridad, como decia el Apóstol, llegado ya á la madurez, pero aún abofeteado por el mal, segun su enérgica expresion.

La pasion intentará derribaros; pero mostraos fieles á Dios, y vereis al pecado despojado de su fuerza; el mundo, en alguna ma-

nera, desaparecerá de vuestra presencia; las riquezas, los honores, la ambicion, los placeres de todo género, todo eso os parecerá nada; disfrutareis de la serenidad de la conciencia; los enemigos, que os habian asaltado, los vicios, que os habian dominado, quedarán prostrados á vuestros piés. Entónces no tendreis más que un placer, el sentimiento de Dios en todos vuestros pensamientos, en todas vuestras acciones.

Hé ahí, hermanos míos, en pocas palabras, la ley del progreso moral. Pero, ¿por qué esta ley? ¿Por qué no llegamos de una vez al término? Lo diré brevemente, porque, así como la desigualdad es la ley del orden, el progreso moral es la ley de la perfeccion. Os lo demostraré en tres palabras.

Dios es la perfeccion; todo sér está infinitamente distante de Dios, y, por consiguiente, infinitamente distante de la perfeccion. Si, pues, tiende á la perfeccion, es preciso que, partiendo de un punto infinitamente distante de Dios, suba lenta y progresivamente hácia Él. Y entónces estas palabras del Evangelio: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto;» y estas otras del Apocalypsis: «El que sea santo, se santifique más,» son una verdad que se siente, que se vé, que se toca. Las plantas crecen y se desarrollan, los animales adquieren nuevas fuerzas, el espíritu debe progresar siempre en la virtud; y ese progreso es la ley de la perfeccion, como la desigualdad es la ley del orden. Esas dos leyes existen en el orden natural, y en el orden sobrenatural. Así, pues, cuando atacais la desigualdad de las cosas que existe en todas partes, esos ataques, los dirigís contra las leyes generales de todo orden y de toda perfeccion. La desigualdad es el orden, porque es la jerarquía; la desigualdad es el orden, porque es la belleza, y la verdad; pero, al mismo tiempo, el progreso es también la verdad, la justicia.

No nos quejemos, pues, de la desigualdad con que Dios distribuye sus dones; aprovechémonos más bien de las gracias que nos dispensa; adelantemos cada dia en la virtud, reflexionando, que no podemos llegar á nuestro Criador sino por el camino indefinido de la perfeccion, y así disfrutaremos un dia de su misma felicidad, que á todos deseo.

DESOBEDIENCIA; Véase: OBEDIENCIA.

DESPOSADOS; Véase: MATRIMONIO (DISPOSICIONES PARA ENTRAR DEBIDAMENTE EN EL ESTADO DEL).

DETRACCION; Véase: MALEDICENCIA y MURMURACION.

DEUDAS.

Redde quod debes.

Paga lo que debes.

(Matth. xviii, 28.)

El reino de los cielos, decia el Salvador, es semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus sirvientes. Habiendo examinado lo que cada uno le debia, se asombró de hallar uno, que le era deudor de diez mil talentos. Por más que esta suma fuese excesiva, el príncipe quiso ser pagado, sin que faltase un óbolo; y como su servidor fuese insolvente, mandó se le embargase todo lo que tenia. Viéndose aquel desgraciado perdido, sin recurso, reducido á la desesperacion, recurrió á la clemencia de su señor; echóse á sus piés, y bañado en lágrimas, le suplicó, que le diese tiempo, prometiéndole que le pagaria toda la suma. Enterneciéndose aquel buen señor, y le perdonó toda la deuda. Al salir de palacio este servidor, encontró á uno de sus compañeros, que le debia una suma muy pequeña, y olvidando el modo con que se le acababa de tratar á él, le asió del cuello, y le ahogaba, diciéndole: págame lo que me debes.

Esta parábola me ofrece ocasion de hablaros de ciertas verdades importantes á vuestra salvacion, sobre las cuales, tal vez, no habreis concebido el menor escrúpulo; hablo, oyentes, de la obligacion que